



Buenas Tardes

POR CARLOS LEÓN

Guillermo Quiñones



La Estrella, Valparaíso, 4-XI-1982 p. 5

Mi abuelo Delfín Quiñones
en compañía de San Eloy
rey de los furjadores
están fraguando los cañones
para los truenos del próximo
invierno

Guillermo Quiñones

Curioso personaje este Guillermo Quiñones que tripulaba a Valparaíso, con su andar oscilante de marinero recién desembarcado, o mejor todavía, trasladado desde su haren, a ese viejo pontón que es Valparaíso.

Esta ciudad que por obra y gracia de la poesía que es como decir de la magia (en ella todo es posible y hasta la muerte suele extraviarse pues posee cementerios íntimos y entrometidos como plazas y plazas desoladas como cementerios y sus pasillos parecen calles y sus calles, clubes sin estatutos ni reglamentos).

Guillermo Quiñones fue un poeta joven como otros eran solteros casados o viudos, es decir, su juventud nada tenía que ver con su edad, era como su estado civil.

Recogía y expresaba la voz de la ciudad como el viento de Valparaíso y sus versos venían, como éste, de muy lejos, de ciudades legendarias, de permanentes otoños, de meses secretos, de sonrisas ha mucho tiempo olvidadas, de baladas de tripulaciones sepultadas en el mar, o en cementerios de lejanas repúblicas o reinos, véase la originalidad honda y juvenil de estos versos alquitarados:

"tristeza de quien regresa del ataúd para
recibir a una amiga
a la que habíamos prometido un cesto de
cerezas"
o estos otros
"era de rostro desventurado como las

hermanas de los folletines
del siglo XIX que precipitaron en sollozos
y suspiros
a las abuelas fragantes a azucenas e
inciensos

Quiñones se había enredado indisolublemente con Valparaíso. No se concebía uno sin el otro. Cuando el primero partió hacia lejanas latitudes en busca del afecto de uno de sus parientes, sintió que alguien lo llamaba de lejos.

Era sin duda su ciudad natal y el poeta sin tomar la precaución de Ulises no resistió las voces de las sirenas "que ya no cantaban para él" y regresó a sabiendas que venía a reunirse con su muerte.

Murió como se debe, como ese joven marinero que nunca dejó de ser, pese a sus ochenta y tres años, en una casa tan portuaria, tan contemporánea del olvido que penan por sus cuartos y corredores y se nos agolpa de pronto Valparaíso y su historia, como un sollozo, que nos obliga a llevarnos la mano, discretamente, a los ojos para disimular una lágrima furtiva.

Sí, la casa de Guillermo Quiñones tenía historia, olvido, alma y la muerte del poeta la cura, definitivamente, como a una pipa.

Abrigamos la esperanza que un Dios Marinero lo espere vestido de Almirante y devolviéndole la juventud que, hondamente, no perdió nunca, convoque a un coro de sirenas que sí cantarán para recibirlo.

Y para terminar estos versos admirables.

"En las cuadernas los moluscos nudos y ciegos se reproducen alegremente y se nutren de seculares maderas: roble, pino, tepe.

Canto a lo desaparecido, a lo olvidado es:
¡Oh tristeza!

Canto que a nadie ha de interesar es éste
Ahí reside su júbilo.

Guillermo Quiñones [artículo] Carlos León.

Libros y documentos

AUTORÍA

León Pezoa, Carlos, 1945-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1982

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Guillermo Quiñones [artículo] Carlos León. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile